

otro pensamiento que el de quitarme la vida: de todas partes se me asaltaba y á cada instante; ora eran fusiles de viento, ora máquinas infernales, ora conspiraciones, ora asechanzas de todas clases. Estaba de elló aburrido: así aproveché la ocasión de mandarles el terror á mi vez hasta en Londres mismo y lo conseguí. A contar de este día, las conspiraciones cesaron.

«¿Y quién tendrá para ello qué objetarme? ¡Cómo, diariamente, á ciento cincuenta leguas de distancia, se me dirían golpes mortales; potencia alguna, tribunal alguno en la tierra podía hacerme justicia, y yo no debía volver al derecho natural de contestar á la guerra con la guerra!

«¿Quién será ese hombre de sangre fría, y de tan menguado juicio y tan falto de justicia, que osará condenarme? ¿De qué lado se me censurará y se me llamará odioso y criminal? La sangre pide sangre; es la reacción natural, inevitable, infalible; desgraciado de quien la provoque.

«Cuando uno se obstina en suscitar perturbaciones civiles ó conmociones políticas, sino se expone á ser víctimas de ellas.

«Se necesita ser tonto ó insensato para creer, después de todo, que una familia pudiera tener el extraño privilegio de atacar diariamente mi existencia sin darme el derecho de la recíproca; ó que esta familia pudiera pretender estar por encima de las leyes para destruir, prevaliéndose de ellas para su propia conservación. Las probabilidades han de ser iguales.»

La falta de sentido moral de Bonaparte que tanto se le ha reprochado se manifiesta claro en su inepta defensa. Fuera de los jesuitas que han enseñado y practicado el asesinato como medio de legítima defensa, nadie se ha atrevido á sostener la teoría de Bonaparte, y menos aún la teoría del asesinato sin peligro, sin responsabilidad. En el asesino político hay siempre algo grande, algo sublime, porque aquel hombre principia por sacrificarse á sí mismo, principia por sacrificar su vida á su ideal político, á su patria. Bonaparte asesinó á Enghien como un salteador de caminos, en la oscuridad, y sin temor de la guardia civil. Para consumir su asesinato se ha valido de centenares de hombres para que le prendieran y sujetaran la víctima, y la ha sacrificado así, indefensa.

Después, para consumir su crimen tuvo que violar las leyes internacionales, de todas, las más sagradas, porque son las que protegen á un pueblo contra otro pueblo. Pero, para Bonaparte acostumbrado á enviar sus ayudantes para que pisotearan en to-

das partes esas leyes, ni siquiera pensó que de esto se le pudiera hacer un cargo. Es necesario tener un alto concepto de la justicia y un elevado sentido moral, para rechazar los beneficios de la injusticia. Bonaparte reputó siempre justo lo que le convenía; é injusto lo que le perjudicaba, en lo que nos falta decir aún de su carrera, le veremos hasta el fin sacrificarlo todo á su persona. Para él, puede decirse literalmente, que no había nada sagrado.

La señora de Remusat en sus *Memorias*, nos ha presentado el cuadro aterrador que presentaba el palacio de la Malmaison la noche de la ejecución del duque de Enghien. Todo el mundo estaba consternado, todo el mundo lloraba, y Josefina estaba desesperada. Era esto necesario decirlo para que no se creyera que Bonaparte había tenido muchos cómplices. Talleyrand mismo declaró que lo que se había hecho «era algo más que un crimen, era una falta,» y los reyes y los jefes de los Estados tarde ó temprano pagan sus faltas. En nuestros días acabamos de ver al ilustre Grevy pagar la falta de su deslealtad con Gambetta al confiarle el gobierno de la república.

Bonaparte al otro día se vió solo. En París el terror fué extremado, y ni aún los palaciegos se atrevían á defender acto tan abominable. Bonaparte se desató en injurias contra el pueblo parisién, y volvió á hablar de su proyecto de llevar la capital de Francia á Lyon. Ante el aterrado Consejo de Estado, no sabía hablar más que de su seguridad y de su venganza.

En el extranjero el terror y la desilusión aún fueron mayores, pues allí el crimen revestía el doble carácter de atentado contra las personas y contra los pueblos.

Cuando la noticia se recibió en Petersburg estaba preparada para el día siguiente una recepción diplomática, Alejandro no quiso que se suspendiera pero se presentó en ella él y su corte vistiendo de riguroso luto. «Alejandro,—dice Leger,—el laureado autor de la *Historia de Rusia* pasó por el lado del embajador de Francia, el general Hedouville sin proferir una palabra. D' Oubril entregó al gobierno francés una nota en la cual se protestaba contra la violación del derecho de gentes y de un territorio neutral. Alejandro, invocando su cualidad de garante del imperio germánico, título que, como hemos dicho, se le había dado por el tratado de Teschen, envió á la Dieta de Ratisbona una nota análoga, que Suecia é Inglaterra se apresuraron á apoyar y que puso en grave y embarazoso conflicto á la Dieta y al cuerpo germánico. Bonaparte replicó haciendo

retirar inmediatamente á Hedouville. A la nota D' Oubril, respondió oficialmente quejándose de los malos procedimientos del gobierno ruso para con él, de la mala voluntad de todos sus agentes, de los embarazos que procuraba crear á Francia patrocinando por todas partes á los emigrados, y negándole á Rusia título para intervenir en los negocios germánicos, declarándole en fin que en el asunto de Ettenheim no había hecho mas que defenderse. «La queja que Rusia formula hoy,—dice,—lleva á preguntar, si cuando Inglaterra meditaba el asesinato de Pablo I se hubiera tenido conocimiento de que los autores de la trama estaban á una legua de la frontera, no se hubiera Rusia apresurado á echarles mano.» Después de este cambio de notas, los encargados de negocios fueron á su vez llamados, y se rompieron todas las relaciones diplomáticas.»

De modo que á no ser por la cobardía del duque de Baden que no reclamó ni con poca ni con mucha energía por el respeto debido á sus Estados, Rusia, Suecia é Inglaterra aparecían en Alemania. Pero el duque de Baden sabía de sobras que al primer movimiento serían ocupados, arrestados, y como ni Austria ni Prusia parecieron afectarse mucho por la canallada de Ettenheim, la coalición europea contra Bonaparte tuvo que esperar todavía algún tiempo. El acto de Bonaparte quedaba, pues, impune, y como la impunidad para los criminales es un gran aliciente é incentivo para cometer nuevos crímenes, Bonaparte continuó su descabellada carrera y fuerza es detenernos en algunos de estos indignos crímenes que señalan el fin del Consulado y el principio del imperio para que no haya en la personalidad moral de Bonaparte solución alguna de continuidad.

Quince días después de la muerte de Enghien se hacía público que el general Pichegru se había ahorcado en su calabozo valiéndose de su corbata. ¿Hay aquí un nuevo asesinato? Unánimes los autores franceses disculpan á Bonaparte, diciendo que no es de creer por cuanto no tenía en ello interés alguno. Si sólo se trata del interés que podía tener Bonaparte en expedir á Pichegru al otro mundo, este interés es evidente, y los ingleses lo descubrieron desde luégo.

Pichegru como Moreau había sido solicitado por los confidentes de Bonaparte para que le escribiera una carta, que no sólo le había de devolver la libertad, sino que debía devolverle la posición social y política perdida, pues quería enviarle á la Cayena con cuantos millones fueran necesarios para establecer allí una gran colonia. Pichegru no fué tan cándido como Moreau y se negó. Más aún al saber lo

que se había hecho con Moreau declaró que al comparecer delante del tribunal declararía en favor de Moreau todo cuanto había pasado, y que también revelaría cuanto había hecho Bonaparte para alcanzar de los borbones que renunciaban en favor suyo, ó le vendieran sus derechos á la corona de Francia. Es decir que Bonaparte estaba amenazado de un escándalo, y luégo de que se le escapara su presa el desgraciado Moreau, de quien dicen á una todos los historiadores franceses que tenía gran interés en perder. ¿El silencio de Pichegru implicaba la condenación de Moreau? ¿Era hombre Bonaparte para detenerse delante de un cadáver más, si este cadáver le aseguraba el silencio y la ruína de su gran enemigo?

Hacen igualmente observar los ingleses que no fué solo Pichegru quien murió de una manera tan miserable. Habíase preso en el Morbilan el día 8 de Mayo al capitán de marina de guerra inglés Wright á quien se complicó en el proceso de Cadoudal. Wright se negó á responder á los jueces que se le habían dado por tenerlos por incompetentes, y Wright amaneció medio muerto en su calabozo de igual manera que Pichegru.

Hablar de escrúpulos nos parece por otra parte ridículo. Bonaparte no los tuvo jamás de ninguna clase cuando de él se trataba.

Ya hemos visto como había querido buscar cómplices para lavarse del asesinato de Enghien, ahora hemos de contar brevemente como quiso igualmente comprometer á la diplomacia británica en proyectos de asesinatos contra su persona.

Fué el desdichado Mehe el encargado de enredar á los ministros ingleses en Baviera, Wurtemberg y Hesse, Drake y Spencer Smith en una trama para desembarazar el mundo de Bonaparte. Que Drake y Spencer aprobaran los planes de Mehe á quien suponían ó creían un emigrado y no un espía de Bonaparte es muy posible, y aún se ha escrito que fué por este conducto como se había logrado averiguar el punto en donde desembarcaban los que de Inglaterra pasaban á Francia. Podemos, pues, admitir que en Baviera y en el Wurtemberg tuvieran los conspiradores un centro y que á este perteneciera el mismo duque de Enghien. Cuando Bonaparte tuvo en sus manos elementos bastantes para formular su acusación contra los diplomáticos ingleses lanzó una verdadera circular-proclama denunciando la conspiración, y á la vez reclamando la expulsión de los citados embajadores. El gobierno inglés salió resueltamente á la defensa de sus ministros. A la circular de Talleyrand se respondió en los siguientes términos:

«Indisculpables serían los miembros del gobierno, si descuidasen el derecho que tienen de sostener en cuanto se aviene con los principios del derecho de gentes los esfuerzos de los franceses enemigos del actual gobierno.....» «Un ministro en país extranjero, por la naturaleza de su cargo así como por los deberes de su situación, ha de abstenerse de toda comunicación con los malcontentos en el país en donde está acreditado, así como de toda acción que pudiera perjudicar á los intereses de dicho país, más no está sujeto á la misma reserva con respecto á los países con los cuales su soberano está en guerra. Sus acciones con respecto á ellos pueden ser dignos de elogio ó de vituperio, según la naturaleza de las mismas acciones, más no implican ninguna violación de su carácter público, á menos que sean hostiles á la paz ó seguridad del país en donde está acreditado.» Esta defensa era débil porque era insostenible la causa. Un embajador no puede comprometer el país en que representa urdiendo bajo el seguro de su neutralidad conspiraciones contra un gobierno amigo de la nación en que está acreditado. Pero Talleyrand fué más allá y declaró que Francia no reconocería en adelante el cuerpo diplomático inglés en Europa.

Esto nos dice que Bonaparte de serle posible, hubiera tratado á los dos ministros británicos como trató á Enghien, y esto no es una vana acusación, pues de igual manera hizo tratar al agente inglés en Hamburgo, á sir Jorge Rumbold.

Napoleón I, que así se llamaba ahora, el violador de Hamburgo, de una ciudad libre é independiente, mandó á sus dragones al pueblo de Grindel en la noche del 25 de Octubre de 1804, con encargo de apoderarse del agente inglés y de sus papeles. Del golpe estuvo esta vez encargado Bernadotte, pero la ejecución fué de otro general. Rumbold fué preso y llevado en posta á París, encerrándosele en el Temple. Pero al rey de Prusia le pareció mal este arranque de Bonaparte, pues ¿podía considerarse él mismo seguro en Berlín, si un día destacaba Bonaparte tres ó cuatro mil caballos para prenderle? y reclamó enérgicamente. Rumbold, fué, pues, puesto en libertad, bien que de otra parte nada resultaba contra él, según los papeles que se le habían ocupado.

Esta era la guerra que se hacían Francia é Ingla-

terra, en cambio de la inacción en que estaban las operaciones militares por no encontrar enemigos los ingleses en el mar, y en el continente los franceses.

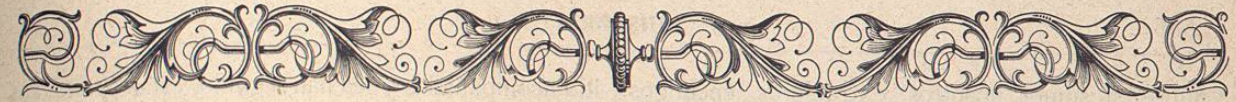
Los ingleses no se habían decidido á defender el Hannover, esto, aún en el caso de que Bonaparte no hubiese ocupado dicho país por sorpresa.

En efecto, el mismo día en que el rey Jorge anunciaba al Parlamento,—16 de Mayo de 1803,—que se habían roto las relaciones con Francia, el ejército francés que se había concentrado en Cowerden á las órdenes de Mortier, se ponía en marcha, pasaba el Ems y llegaba casi sin obstáculo á orillas del Weser. En Bonstell, los hannoverianos se batieron por salvar su honra, y la regencia, ajustaba el 4 de Junio un tratado que ponía fin á la guerra y aseguraba á Bonaparte la ocupación del patrimonio del rey Jorge.

Por el tratado de Sulingen, todo lo oficial, todo lo que pertenecía al rey de Inglaterra, pasaba á Francia. En su consecuencia, Mortier echó mano sobre 500 piezas de artillería, 40.000 fusiles, 200 carros con sus tiros, tres millones de cartuchos y cuatro mil quintales de pólvora. Mas como este tratado contenía una cláusula que decía que el rey de Inglaterra debía ratificarlo, y esto no sucedió, por un nuevo tratado del mes de Julio de 1803, se dió por disuelto el ejército hannoveriano, y el país pasó á ser una conquista de Francia. Hamburgo y Bremen considerándose ya perdidas pidieron al rey de Prusia su protección, pero éste consideró que la distancia que le separaba de Mortier era demasiado pequeña para reclamar, y calló, y no se movió.

Las operaciones marítimas realizadas todas fueron en daño de Holanda. Mientras Víctor que ocupaba el país, artillaba el fuerte de Gorea, el de Brick y la isla de Worn. Las escuadras británicas le quitaban á Holanda las colonias de Desmerara, Erequito y Berbice; de la misma manera cayeron en su poder las islas de Santa Lucía y Tabago, y las posesiones francesas de Terranova. Las escuadras británicas comparecieron también á Santo Domingo, y no parecía basto para que cesara toda resistencia por parte del diezmo ejército francés que allí estaba quedando prisionero de guerra.

De las operaciones del almirante Linois en la India, hablaremos en el otro capítulo.



## CAPITULO X

### EL MOVIMIENTO NACIONAL EN FRANCIA EN 1803.

Cómo se debe considerar la nueva etapa de la Revolución francesa.—Nuestra posición.—Punto de vista nacional y punto de vista político.—Concepto del imperio y de sus hombres.—Autoridad moral para juzgar á unos y á otros.—Cómo es posible la reconciliación de Europa con Francia.—El Napoleon I de Lanfrey.—Cómo escribió éste la historia del imperio.—Por qué razones se impone la obra de Lanfrey.—Cuadro maestro del movimiento nacional en Francia en 1803.—Ilusión de las grandezas imperiales.—Patriótico deber en el desvanecerlas.—Difícil cumplimiento de este deber.—Misión de la historia.—Las preocupaciones patrióticas.—La historia no puede ser nacional.—Criterio histórico: comparaciones.—Principios de la crítica histórica.—Táctico.—Solidaridad de los pueblos europeos.—Personalidad histórica.—Error de Francia el 18 brumario.—Consecuencias naturales de la declaración de guerra á Inglaterra.—Carácter implacable de la nueva guerra.—Arresto de familias inglesas.—Napoleón é Inglaterra.—Inglaterra y Francia.—Indiferencia de los franceses por los asuntos exteriores.—Sus causas.—Situación política de Europa.—Estado de la opinión pública en Francia.—Carece de órganos.—La opinión artificial.—Arte de Bonaparte en crearlo.—Cómo lo manejaba Bonaparte.—Cómo se fué despertando el sentimiento belicoso en Francia.—Castigo de la apatía francesa.—Cómo principió el movimiento en París.—Estado de las Asambleas públicas.—Se consideran extrañas al movimiento político.—El Tribunalado y los tribunales.—Daru, Regnault y Boissy d'Anglas: profecías de éste.—Carrion Nisas.—Proposición de Riouffe: acuerda el Tribunalado ir en corporación á dar gracias al primer Cónsul por su moderación: 25 de Mayo de 1803.—Carácter de los discursos.—La *maiestad consular*.—Respuesta de Bonaparte.—Su moderación: sus falsedades.—Audacia de Bonaparte.—Réplica del gobierno inglés.—Refutación de Bonaparte.—Iniquidad de la respuesta.—El artículo del *Moniteur* de 12 de Junio.—Los mensajes oficiosos.—El elemento oficial civil: carácter de sus adhesiones.—Adhesiones militares.—Adhesión del clero: mensajes de los obispos.—Obedecen á una carta circular de Bonaparte: 7 de Junio de 1803.—Reclaman á Malta.—Ingratitud de los obispos con Inglaterra.—Los donativos voluntarios.—Su espontaneidad. Las invectivas patrióticas.—Mutismo de la prensa.—Su situación.—París no tiene más que ocho diarios.—Su suscripción.—Sus lectores.—Son severamente vigilados por la policía.—La librería y la policía.—El caso de Sales.—Reclama Bonaparte su expulsión del Instituto.—Bonaparte y el gran juez Regnier.—Cómo vigilaba el primero á la prensa.—Qué libertad dejaba Bonaparte á los periódicos.—Ocúltase siempre la verdad al público.—El caso de Trafalgar.



Á inaugurar un nuevo período y sentimientos necesidad de señalar perfectamente el nuevo punto de vista desde el que vamos á considerar la marcha de la Revolución francesa, de la que no es sino su última etapa el imperio.

Formamos parte de aquella Europa que se levantó airada contra Napoleon, y pertenecemos á aquella nación que enterró en sus campos quinientos mil franceses, para que los futuros invasores de

la patria al descubrir sus huesos retrocedan de espanto. Nuestro patriotismo podría, pues, cegarnos, y por consiguiente es preciso que establezcamos nuestro derecho á levantarnos contra la revolución, como españoles y como revolucionarios.

Como españoles sobrada razón nos darán los acontecimientos que tenemos que narrar. Como revolucionarios, sobrada nos la han dado los acontecimientos narrados, y lo que tendremos que decir, pero esto no quita para que desde este momento,